

SOBRE LA VERDAD Y LA CIUDAD POSIBLES

*En homenaje a Edgar Guzmán y Antonio Cornejo Polar*¹

Dr. Raúl Bueno Chávez

Soy un agustino, en el sentido de pertenecer a esta Universidad Nacional de San Agustín. En efecto, aquí estudié y me gradué de Bachiller en Letras y Doctor en Literatura. Aquí también inicié la carrera docente que me ha llevado por distintos y distantes lugares, a sabiendas de que invariablemente estaba en el lugar primero. Por eso he vuelto, siempre que he podido, a mi irrenunciable Arequipa y a los viejos y nuevos claustros agustinos. Nunca ha estado lejos de mí la imagen del pabellón de Letras de la ciudad universitaria, tal como yo lo viví en la década del sesenta: su blanco y resplandeciente sillar me abría espacios de juvenil reflexión y esperanza; de respetuosa reverencia, también, por el concepto atinado, la idea consistente y necesaria, los sistemas coherentes. Y aún ahora, en medio de los bosques de Nueva Inglaterra, bajo densos cielos oblicuos, ese lugar me alcanza con su luz meridional y su poesía, con sus metáforas de fuerza juvenil e imbatible alegría y con su espíritu de conquista posible y sana: la de la letra y el concepto. Las pasiones que han agotado o han enriquecido mi vida —la literatura y la cultura de nuestras patrias, los estudios literarios y culturales, los universos del sentido y sus distintas plasmaciones— comencé a aprenderlas aquí y a valorarlas en sus aptitud y grandeza en estos claustros. Es hora de que lo diga ya: cuánto me alegro de haber estudiado formalmente literatura y lingüística, de haber aprendido literatura y algo de filosofía, de haber practicado literatura y cultura. Y más aún: cuánto agradezco de haber realizado ese aprendizaje dentro de un sistema de valores que yo llamo agustinos, por esta universidad, y agustinianos, por cuanto le deben al pensamiento de su patrono sublime.

Algunas veces he acudido al pensamiento de San Agustín, no de manera sistemática y formal, sino para ilustrar situaciones intelectuales en las que anduve o ando aún interesado. Una reflexión de Edgar Guzmán sobre la brillante prueba de la existencia de Dios de San Anselmo me hizo indagar en asuntos previos de San Agustín y Plotino, para quienes, como se sabe, Dios está por encima de toda imaginable categoría; unas líneas de Borges sobre la historia de la eternidad me condujeron a un pasaje de las *Confesiones*; un trabajo sobre la poesía de Desiderio Blanco me llevó al tema agustiniano de la corrupción de la carne y la salvación por el alma; y una serie de reflexiones sobre la ciudad como metáfora de cultura, civilización y utopía, en las que me hallo trabajando ahora, me han llevado obviamente a *La ciudad de Dios*. En esas consultas fui cayendo en cuenta de que, al margen de la fe a la que San Agustín entregó toda la fuerza de su intelecto, he crecido y vivido al influjo poderoso y benéfico de la lección agustiniana. ¿Cómo ha sido posible que los fundamentos agustinianos hayan inspirado veladamente mi vida, aunque yo no me haya inclinado a cuestiones religiosas o filosóficas? La respuesta, sin temor a equivocarme, reposa aquí, en los valores que esta institución sostiene e inculca, sospecho que desde su fundación por la orden agustina, y en maestros que se han formado y han profesado aquí y a quienes he tenido la fortuna de seguir de manera cercana.

¹ Discurso de aceptación como Profesor Emérito de la Universidad Nacional de San Agustín de Arequipa, 7 de noviembre de 2001. Publicado en la revista FILOSOFÍA Y HUMANIDADES N° 2, en mayo de 2005 por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de San Agustín de Arequipa.

Distingue cuidadosamente San Agustín entre el conocimiento sensorial y el alto conocimiento, esto es, entre el dato servido por los sentidos, o la experiencia positiva, y el producto del ejercicio intenso de la razón. Insta el Obispo a pasar del uno al otro, esto es, a sublimar la información hasta hacerla rendir su verdad profunda. Ese ejercicio de la razón es precisamente el que he visto florecer acá, en mis años de formación universitaria. Llevo ya muchos años por el mundo, y debo confesar que nunca he visto debates más intensos, más sutiles, más desafiantes a la imaginación y más tributarios a la idea que en el claustro de letras. Conservo las imágenes de aquellas luchas que, a mis dieciocho años, parecían titánicas. Quiero evocar aquí a todos esos gloriosos contrincantes con el nombre de uno de ellos, que ya no está entre nosotros, y que precisamente hizo profesión rauda, pero brillante, en los trabajos de Plotino y San Agustín: me refiero a Gustavo Quintanilla Paulet. Se debatía acá acerca de Dios, el origen del universo, la revolución posible, el orden de las cosas, la esencia de la poesía, el franquismo, las aporías de Zenón de Elea, y tantas otras materias de rugosa corteza de rica nuez. Así aprendí una norma que, sin importar su desenfadada expresión, he tratado de mantener activa en mi trabajo: “hay que sudar el concepto”. Es decir, hay que ir más allá de las evidencias; pero no hay que tirarlas luego.

Racionalizar la fe, he ahí otra de las caras lecciones del agustinismo. Se trata de llegar a las certezas de la fe, pero por vías de la razón. Se trata de arribar a la verdad profunda que la fe entraña. Cierto que para San Agustín la fe tenía un contenido casi unívoco, vinculado a la existencia de Dios y su divina gracia; pero ello no nos impide desplegar los otros contenidos de la palabra, y entender en ella la esperanza depositada en, por ejemplo, la superación del hombre, el cambio social, el hallazgo de la felicidad terrena, o, más recientemente, la armonía dentro de la diversidad. Emplear la fuerza del intelecto para llegar a la verdad intensa de estas esperanzas de ahora, para encontrar su razón de ser y su factibilidad, es tarea excelsa que bien puede realizarse dentro del impulso básico del agustinismo. Esa es lección que yo he visto predicarse y practicarse en esta casa agustina. La prueba está en que aquí se ha originado un formidable (aunque lamentablemente fallido o erróneo) intento de revolución social, una nueva interpretación de la realidad peruana desde la perspectiva de la heterogeneidad, y una explicación enteramente material y científica del mundo, el hombre y sus potencias (de estas últimas me ocuparé más adelante). También está en el rejuvenecimiento material y espiritual de esta universidad, en la expansión, cuidado y belleza de sus espacios físicos. De hecho, ésta es una de las universidades estatales de mayor éxito en el Mundo Hispánico.

Tengo para mí que la contribución más sugerente de San Agustín está en la concepción de dos ciudades relacionadas, no al modo platónico, en que una es la imagen imperfecta de la otra, sino opuestas, aunque en comunicación. “Babilonia”, la ciudad temporal y terrena, sometida a los avatares de la historia, comprende a los ciudadanos que, por libre albedrío y amor a Dios, pueden pasar a integrar “Jerusalem”, la ciudad de Dios. Una ciudad entraña, pues, la posibilidad de enrumbarse y trascender hacia la otra. Si forzamos los términos, entonces una ciudad entraña a la otra, como su posibilidad excelsa y deseable. Vuelvo a decir, no es el caso de solidificar estas metáforas en la función teológica con que las trabajó el de Hipona: ellas pueden ilustrar cualquier impulso de perfeccionamiento dentro de lo que se ha dado en llamar la función utópica, como el progreso social, o el adelanto de la especie, o el avance del pensamiento, o el desarrollo de las artes y las ciencias: todo cuerpo social e histórico posee las condiciones para su perfeccionamiento, a condición de que esté

guiado por un amor (uso esta función de San Agustín como otra metáfora) socialmente altruista y trascendente.

He llegado al punto al que quería llegar: he vivido el espíritu de esas lecciones aquí, en estas aulas; y de su paso por ellas me he sentido siempre familiarizado con ellas. Pero me ha tomado tiempo racionalizarlas al punto de poderlas verbalizar del modo en que aquí lo intento. El estudio de la obra de dos brillantes alumnos y maestros agustinos, ya fallecidos, me ha infundido más claramente la lección conceptual que me faltaba. Esos maestros y amigos son Edgar Guzmán y Antonio Cornejo Polar. Quiero dedicarles a ellos las líneas que siguen, como un tributo de profundo reconocimiento y gratitud; pero también como una muestra de renovada y mejor apreciación personal de sus obras.

Antonio Cornejo Polar enseñó aquí literatura y crítica de textos (yo tuve el privilegio de escucharlo). Es decir, enseñó la literatura que vive en la literatura –y, no es un juego de palabras, sino una referencia al nivel excelso de lo literario, que un hábil sistema crítico puede descremar. En complemento con su trabajo como director de la Casa de la Cultura de Arequipa, enseñó literatura y cultura populares y tradicionales, y los instrumentos que las hace destellar, sin complejos ni vergüenzas, ante sus congéneres ilustrados. Después la vida lo llevaría por otros rumbos, pero su compromiso con la cultura en sentido amplio y denso lo haría razonar, agustinianamente, sobre la cultura de lo posible y trascendente en el cuerpo cultural ahí dado, y también sobre las culturas (concretas, alternativas, heterogéneas) de ese cuerpo. Más aún, ese compromiso inculcaría en sus escritos un riguroso sentido de necesidad entre la literatura y sus contextos de realidad (la cultura, la sociedad, la historia), que hace pensar que, fuera de esos contextos, una obra literaria es como una moneda puesta a circular lejos de sus coordenadas de tiempo y de lugar. Según esa lección, la verdad de la literatura, y no sólo su función estética, estaría determinada por esa rigurosa relación. A la búsqueda de esa verdad se entregó nuestro amigo: había –hay-que extremar el intelecto para hacerle saltar al texto su verdad histórica, su razón inmanente, su a veces esquiva filiación ideológica. Así por ejemplo, en el ensayo que le dedica a *La guerra del fin del mundo* (en *La novela peruana*, 1989), Cornejo Polar demuestra que el virtuosismo compositivo de la novela no se compadece del caos que ella representa –la guerra de Canudos- porque, en el fondo, Vargas Llosa “participa de una poética que contrapone la imperfección de la realidad a la plenitud del arte”. No hay cifra que revela con mayor contundencia la verdad sobre la estética de un autor que quiere jugar a ser dios. Más recientemente, en *Escribir en el aire* (1994), a mi modo de ver su mejor libro, al comentar el pasaje de *Los comentarios reales* en que Garcilaso escribe de una piedra trasminada por nítidas vetas de oro, Cornejo Polar revela la verdad del dilema que enfrenta el Inca cuando, en el intento de expresar una pretendida homogeneidad armoniosa, la de su mestizaje, termina usando las palabras y las razones de una heterogeneidad todavía sin concilio: la de sus padres y sus distintas culturas en conflicto. En el mismo libro, Cornejo Polar verifica que la propuesta homogeneizante de Ricardo Palma, basada en una supuesta lengua nacional en formación y una tradición histórica ya desproblematizada, falla porque no puede borrar una jerarquía de valores impuesta por el poder, en que el quechua tiene que ceder ante el español hablado, éste ante la escritura, y ella, finalmente, ante la autoridad de la Real Academia de la Lengua. He hilvanado estos pocos ejemplos para dar una señal de que el uso extremado de la razón en la búsqueda de la verdad llega, en Cornejo Polar, a niveles en que lo evidente pasa a ser

casi adjetivo, porque una lectura a contrapelo del texto le hace revelar su verdear índole ideológica.

También Cornejo Polar creía en la ciudad posible. Y luchó por ella toda su vida, empleando en la lucha todos los recursos de su intelecto. Su ciudad –nuestra ciudad-, una ciudad que ya está contenida por la ciudad real, pese a todas sus deficiencias, se llama la cultura de la diversidad desproblematizada del Perú, el Área Andina y América Latina. La literatura que él estudió con pasión –la obra de Arguedas, el indigenismo, las literaturas heterogéneas, el imaginario oral, la tradición, los testimonios de la migración- prefiguran esa ciudad y, después de su nítida lección, la proyectan con una luz que él hizo destellar.

Contra los proyectos nacionales homogeneizantes, tendentes a la unidad de raza, lengua, cultura y organización central, que él veía como regazo del impulso colonizador, escribió, en 1980, que “puede y debe postularse la preservación de (la) multiplicidad, siempre que pueda desligarse de su actual significado opresivo”. Esa fue su fe. Y a explicar el sentido, la necesidad y la viabilidad de esa fe dedicó, insisto, toda su vida intelectual.

Edgar Guzmán es vasto. Filósofo, teórico de la ciencia, poeta, narrador, teórico literario. El campo de su conocimiento era inmenso. Resulta imposible abarcarlo en estas pocas líneas, con un esquema previo que, si bien no lo resiente, tampoco lo completa. Si el conocimiento sensorial y pragmático le era interesante –no había asunto del que él no estuviera enterado- su pasión fue, para decirlo con San Agustín, el alto conocimiento: el que fluye de la comprensión intensa de las cosas, esto es, el que permea las certezas sensoriales y les exprime su razón profunda. Nada para él dejaba de tener una explicación que iba más allá de la mera naturaleza, la simple o compleja función y la utilidad presente o posible de las cosas. Él era uno –quizá el mejor- de los polemistas titánicos a los que hacía referencia al comienzo. En literatura poseía nítida información que le permitía a la vez ser un extraordinario creador y un teórico exhaustivamente avisado. Si Antonio Cornejo Polar –en sus entusiastas pero algo cerriles años previos de letras- me ayudó a encontrar la belleza agregada –y deslumbrante- del análisis literario. Guzmán me señaló la senda de lecturas necesarias para vislumbrar el origen de la poesía, a la vez que me ayudó a encontrar el derrotero de mi propia fuente poética. No he sido el discípulo que ellos habrían necesitado, pero puedo atestiguar que sus calidades de verdaderos maestros son imbatibles y ejemplares. Ellas son, creo, manifestaciones excelentes de una tradición a la vez agustina y agustiniana.

Escribí un largo ensayo sobre la poesía de más aliento de Guzmán, *Perfil de la materia* (1987). Pude ahondar allí, gracias al poderío expresivo de esos fulgentes versos, en los dos amores de Guzmán: el mundano, esto es el ligado a lo material y sensóreo, y el trascendente, ligado a la razón sublime (y otra vez me ilustra San Agustín, por medio de algunos pasajes de *La ciudad de Dios*). “Oh carne derribada entre azucenas,/ -escribe Guzmán- candela repentina predestinada desde / la imperturbable edad de los astros que aguardan/ que mil herencias hacia / sólo una sangre fluyan dulcemente pulsando / el rayo evanescente de aquella siempre joven / vieja luz estelar que recorre las venas.” No pude conectar estos versos, ni el poema entero, en ese momento, con la lección agustiniana que ahora, para mí al menos, salta a la vista: no es mala la carne en sí, dijo el de Hipona en *La ciudad de Dios*, sino que la hace mala el alma corrupta que le infunde lo perverso, o el mundo que la incita al mal (*Epístola a los Partos*). Entonces no son malos los amores terrenos, ni los apetitos que se les vinculan a que a la larga afirman la vida y aseguran la

permanencia de la especie. No es mala en sí la materia, ni la física que la dispone a su servicio y a un fin, siempre que este fin y ese servicio no produzcan el mal de nadie. Ni es malo, por consiguiente, el conocimiento que se prende de ellas. Oh, qué nueva luz tardía viene a ilustrarme parte sustancial del sentido de ese libro (de ese único poema largo), y de otros libros que con posteridad entregó Guzmán a la prensa. Entonces toda la serie dedicada a Emily Dickinson (1990) –allá ella, recluida en la semirural Nueva Inglaterra, en esa casa que Guzmán vio a diario durante su año pasado en Amherst- se me hace meridianamente clara: no hay malicia, ni daño, ni perversión, ni intriga en esa reclusión de pasiones contenidas y secretas. Ni hay malicia en el amor simpático con que Guzmán se aproxima a ese retirado ardor de la poeta: “Penetraré en la calma de tu mansión sombría/ - escribe Guzmán- a atizarte los leños del amor. Heme aquí; / traigo el toque secreto para tu puerta, traigo/ mi ser desnudo para tus almendras./ abiertas por mi bien bajo tu almohada.” Pude sin embargo leer la indeclinable fe que guía el gran poema de Guzmán: su fundada esperanza en la especie humana, y en la capacidad de superar ésta los problemas de la humanidad (la injusticia social, entre los mayores) por medio de un ejercicio sostenido de la razón positiva: “subid/-clama el poeta- al imperio en el cual nunca se pone el sol/ de la mirada.” El poema habla directamente de dos ciudades: la del “pozo”, la ciudad que se rechaza, de la que hay salir; y la que se acepta y desea, la prometida, la ciudad del futuro (“futura regna”). Cómo no vi entonces, al escribir mi ensayo sobre *Perfil de la materia*, que ahí el poeta atrapa la metáfora más poderosa y sugerente de San Agustín: la ciudad posible; una ciudad viviendo *en* la deceptiva ciudad real. No es mala en sí esta ciudad terrena y su historia, sino que han sido y son perversas muchas de sus razones. Y no es mala porque, sobre todo, entraña la posibilidad dorada de la ciudad futura. A esa fe, ceñidamente enfocada y tercamente explicada, le dedicó Guzmán el que para mí es el esfuerzo mayor de su intelecto, un esfuerzo que conjuga razón y pasión, porque hace de la razón una pasión; y de la pasión, poesía. Alta poesía. La poesía que predica el nuevo reino, y cuya predicación misma ya parte de tal reino. Vaya para su texto, para él, que lo insufló con su pasión buena, digna del mejor agustinismo, este tributo tardío de reconocimiento y admiración.

La vida me ha llevado por distintos recorridos, que no acaban. He abrazado otras instituciones educacionales, no lo niego, pero sin traicionar una filiación inmarcesible e irrenunciable. Confieso que mi vida profesional le debe casi tanto a San Marcos, que me tuvo durante diecisiete años, y a Dartmouth, que me retiene los últimos catorce años, como a San Agustín, que me infundió las altas verdades primeras. No miento si digo que les tengo cariño a estas otras universidades, porque negarlo iría contra una enseñanza primordial de la primera, la de amar la verdad tanto como la ciencia aplicada a las nobles causas, y, al final, contra el amor mismo que le tengo a esa fuente inicial. Sé que el espíritu agustiniano de esta casa entiende y me perdona estas complejidades de la pasión, o de la fe.

Agradezco profundamente a San Agustín este honor, que me obliga a vivir el resto de mis días de una manera condigna. Así siento que me lo demanda la institución que mantiene viva, más de mil quinientos años después de su transcurso terrestre, la llama de la razón extremada y sutil del Obispo de Hipona.